

**FUTURO DEL CAPITALISMO:  
DEBATE EN TIEMPOS DE PANDEMIA***Mauricio Rojas**Investigador CIES**Facultad de Economía y Negocios**Universidad del Desarrollo (UDD)*

*La irrupción de la pandemia de coronavirus le ha dado nueva vida al debate más persistente de los últimos doscientos años, aquel sobre el futuro del capitalismo. Las voces que se han hecho escuchar han sido muchas y se multiplican día a día, involucrando, entre muchos otros, a destacados filósofos, historiadores, politólogos y economistas, así como a importantes líderes políticos, intelectuales públicos de gran peso y connotados activistas de las más variadas causas. El arco de los planteamientos cubre un amplio espectro que va desde posiciones libertarias hasta propuestas neocomunistas, desde los que piden ampliar la libertad económica focalizando y minimizando la presencia del Estado hasta los que buscan suprimirla a través de su intervención generalizada, pasando por una larga serie de alternativas intermedias. Esta gran diversidad de protagonistas y puntos de vista hace difícil la tarea de brindar un panorama relativamente satisfactorio del debate en curso. Este documento pretende contribuir al debate presentando las visiones que desde distintas veredas se vienen presentando. El intento que aquí se realiza no pretende ser más que una primera aproximación al tema, muy selectiva. Una guía de lectura que se concentra en protagonistas que, casi sin excepción, se mueven dentro del ámbito de la cultura occidental.*

### Punto de inflexión

Más allá de las grandes diferencias que separan los puntos de vista que presentaremos a continuación existe una consideración que casi todos comparten: sostener que estamos en presencia de un punto de inflexión en la historia contemporánea, un antes y un después que abre posibilidades inéditas y nos pone ante disyuntivas dramáticas. Esto le da un cierto tono apocalíptico a la discusión, donde distopías y utopías se contraponen drásticamente y la humanidad estaría enfrentando un momento decisivo que vendría a marcar de manera indeleble su futuro. Por ello mismo, los llamados a tomar posición y actuar son a menudo apremiantes. No se trata, en suma, de una sobria discusión académica, por más que muchos académicos participen en ella, sino de un gran debate político donde los matices tienden a desaparecer y las alternativas se presentan como contrapuestos absolutos: “comunismo o barbarie” (Slavoj Žižek), “vigilancia totalitaria o empoderamiento ciudadano” (Yuval Harari), “capitalismo del desastre o *New Deal* verde” (Naomi Klein), “ruina o revolución” (John Bellamy Foster), para sólo dar algunos ejemplos de un debate que tiende a tener la exaltación propia de tiempos dramáticos.

Para algunos, la irrupción del virus es incluso vista como una especie de *deus ex machina* que interviene providencialmente para abrir la posibilidad de salvarnos de la catástrofe inminente a la que estaría conduciendo el orden capitalista imperante. Una expresión paradigmática de esta irrupción supuestamente salvífica de la pandemia ante un futuro apocalíptico nos la da Muhammad Yunus, ganador del Premio Nobel de la Paz y emprendedor social de Bangladés:

“El mundo prepandémico estaba lleno de disputas y amenazas de colapso. Hasta que el Covid-19 se dio a conocer, estábamos literalmente contando los días

antes de que todo el planeta se hiciese no apto para la existencia humana debido a la catástrofe climática, estábamos ante una amenaza seria de desempleo masivo creada por la inteligencia artificial y la concentración de la riqueza estaba alcanzando niveles explosivos (...) El coronavirus cambió abruptamente el contexto y el balance del mundo. Ha abierto posibilidades audaces que nunca antes habían existido. De pronto, estamos en la *tabula rasa*, la hoja en blanco (...) El Covid-19 nos ofrece oportunidades prácticamente ilimitadas de empezar de cero. Podemos comenzar a diseñar nuestros sistemas para alcanzar los resultados que buscamos (...) Si fallamos en nuestra respuesta a esta crisis y desaprovechamos la oportunidad, estaríamos yendo hacia una calamidad muchas veces peor que la que ha traído el coronavirus.” (Yunus 2020)

Frank Snowden, profesor emérito de la Universidad de Yale y autor de *Epidemias y sociedad* (2019), propone una visión que se acerca a la de Yunus. En una entrevista reciente Snowden dice lo siguiente:

“Creo que las enfermedades epidémicas llevan a los seres humanos a una encrucijada, donde se deben tomar decisiones. Y creo que eso es lo que está sucediendo en este momento (...) El capitalismo global está basado, de manera inherente, en la ganancia a corto plazo, en el próximo trimestre, sin un plan de largo plazo. Entonces eso me parece que tiene que terminar, aunque suena como si fuera inevitable. La crisis puede persuadir a la gente de que se puede imaginar y crear un mundo diferente, urgentemente. Y que se pueden reimaginar nuestros vínculos de una manera que sean más saludables, más igualitarios, y también que nos puede hacer salvar el planeta. Eso me parece un

proyecto emocionante. Y con mucho gusto quisiera ser parte de ese tipo de proyecto.” (Snowden 2020)

Otros, como Steve LeVine (2020), profesor de la Universidad de Georgetown, han explorado la idea de un punto de inflexión haciendo un paralelo con la evolución de Europa Occidental a partir de la peste bubónica o negra de mediados del siglo XIV. Como se sabe, la brusca alteración demográfica que aquella peste causó fue un importante desencadenante del ocaso del sistema feudal, basado en la servidumbre de la gleba, y el sucesivo surgimiento del capitalismo moderno, basado en el trabajo libre asalariado. No fue nada inmediato, pero su significación para el surgimiento de la modernidad y su visión del mundo es innegable. Paul Mason, periodista de orientación socialista y prolífico escritor, ha desarrollado este paralelo haciendo del coronavirus un shock externo clave que, tal como pasó con el feudalismo, podría desencadenar un proceso de cambios que lleve al fin del capitalismo:

“He argumentado (en el libro *Postcapitalismo* de 2015) que es improbable que el capitalismo sobreviva en el largo plazo y en el corto plazo sólo puede sobrevivir adoptando las características de un ‘postcapitalismo’. Hasta que el coronavirus nos golpeó aquello parecía un grito en el desierto (...) Si la gran plaga del siglo XIV desató la imaginación postfeudal es posible, y deseable, que la actual desate la imaginación postcapitalista. Y rápido.” (Mason 2020)

Para otros autores, como argumenta el conocido historiador Niall Ferguson (2020) en torno al repliegue de la globalización, el coronavirus no sería en sí mismo el punto de inflexión, sino un acelerador decisivo de tendencias ya en marcha. Sin embargo, lo importante es que ya sea como catalizador o como desencadenante, la irrupción del Covid-19 es vista como un

cambio de época, un *turning point* decisivo del cual surgirá un mundo diferente al que conocíamos.

### **El fin del capitalismo**

Como nos lo recuerda el reciente libro del politólogo italiano Francesco Boldizzoni *Prediciendo el fin del capitalismo: Desventuras intelectuales desde Karl Marx* (2020), las profecías sobre el fin del capitalismo son tan antiguas como el capitalismo mismo y a pesar de que hasta ahora ninguna se ha cumplido, seguimos empeñados en buscar augurios de su final inminente. Y estas profecías no han provenido sólo de los oponentes del capitalismo, sino incluso de algunos de sus partidarios más entusiastas. Recordemos, como ejemplo, la respuesta de Joseph Schumpeter en *Capitalismo, socialismo y democracia* a la pregunta “¿Puede sobrevivir el capitalismo?": “No, no pienso que pueda” (Schumpeter 2003:61).

Por ello no es de extrañar que en estos tiempos de pandemia global se haya reactivado esta suerte de predicciones. La diferencia es que hoy son muy pocos los que hablan con la certeza de un Marx o un Schumpeter sobre un fin inevitable del orden capitalista. Lo que predomina son perspectivas que ven el fin del capitalismo como una opción, y no como una “necesidad histórica”, en el marco de una disyuntiva radical entre una perpetuación de un orden capitalista cada vez más destructivo y su superación.

Uno de los primeros intelectuales públicos que encendió el actual debate sobre el futuro del capitalismo fue el filósofo y crítico cultural esloveno Slavoj Žižek. A mediados de febrero declaró en una columna titulada *El fin del mundo tal como lo conocemos* (más conocida como *El coronavirus es un golpe a lo Kill Bill al capitalismo*) que una de las víctimas del coronavirus sería el capitalismo. Usando como imagen la escena final de la película de Quentin Tarantino *Kill Bill 2* planteó que el virus le

había asestado una serie de golpes letales de efecto retardado al capitalismo y además agregó, y esto fue lo que causó más escándalo, que ello podría dar paso al advenimiento de un “comunismo reinventado”:

“El coronavirus también nos obligará a reinventar un comunismo basado en la confianza en el pueblo y la ciencia (...) ¿No indica todo esto con claridad la necesidad urgente de una reorganización de la economía mundial que ya no estará a merced de los mecanismos de mercado? No estamos por supuesto hablando aquí de un comunismo a la vieja usanza, sino de algún tipo de organización mundial que pueda controlar y regular la economía, así como limitar la soberanía de los Estados-nación cuando sea necesario.”  
(Žižek 2020)

En marzo volvió sobre el tema, pero ahora planteándolo como una opción entre un sistema capitalista brutal, donde sólo los más aptos sobrevivirían, y el comunismo reinventado (Žižek 2020a). Poco después, en una columna titulada *Barbarie con rostro humano*, le quitó todo aire utópico-romántico a su propuesta comunista: “No es una visión comunista utópica, es un comunismo impuesto por las necesidades de la mera supervivencia. Es, por desgracia, una versión de lo que en la Unión Soviética en 1918 se llamó ‘comunismo de guerra’.” (Žižek 2020b) Finalmente, en el capítulo titulado “Comunismo o barbarie, ¡así de simple!” de su reciente libro *¡Pandemia! El Covid-19 sacude al mundo* (en el que se recogen las columnas anteriores) resume su propuesta comunista con tonos bastante grises:

“Aquí es donde entra en juego mi noción de ‘comunismo’, no como un oscuro sueño sino simplemente como un nombre para lo que ya está sucediendo, medidas que ya están siendo consideradas

e incluso parcialmente aplicadas. No es una visión de un futuro brillante sino más bien de un ‘comunismo del desastre’ como antídoto del capitalismo del desastre.” (Žižek 2020c: 62-64)

Parece tratarse, en el fondo, de contraponer dos distopías y elegir la menos mala. Esta forma de plantear las cosas distingue a Žižek del resto de los proponentes del fin o la superación del capitalismo, ya sea como necesidad o, sobre todo, como opción. El ejemplo de Naomi Klein es ilustrativo al respecto, contraponiendo de manera extrema la utopía postcapitalista a la distopía capitalista. Como se sabe, la activista canadiense y autora de bestsellers como *No Logo* (1999) y *La doctrina de shock* (2007) desarrolló en este último libro la tesis de que el capitalismo contemporáneo impone sus políticas depredadoras utilizando la manipulación de situaciones de gran conmoción o shock colectivo, como las causadas por guerras, colapsos económicos, desastres naturales o ataques terroristas. Esta es la esencia de la “doctrina de shock” que caracteriza lo que Klein denomina “capitalismo del desastre”. Es con esta perspectiva que la activista canadiense analiza la pandemia actual como una forma extrema de un shock global que permitiría profundizar aún más los rasgos depredadores del orden mundial y dar a luz lo que ha llamado “capitalismo del coronavirus” (Klein 2020a).

Esta es la parte distópica de su diagnóstico, a la cual contraponen su esperanza utópica, un “*New Deal* verde” de carácter global capaz de superar el capitalismo. A su juicio, el futuro está abierto y tanto la distopía como la utopía son posibles:

“Los shocks y las crisis no siempre siguen el camino de la doctrina de shock. De hecho, es posible que la crisis sea el catalizador de una especie de salto evolutivo. (...) Si hay algo que la historia nos enseña, es que los

momentos de shock son profundamente volátiles. O perdemos un montón de terreno, nos esquilman las élites y pagamos el precio por décadas, o ganamos victorias progresivas que parecían imposibles sólo unas semanas antes. No es el momento de perder el temple. El futuro estará determinado por quien sea capaz de luchar con más fuerza por las ideas que defiende.” (Klein 2020c)

Por su parte, el periodista español y figura prominente del altermundismo, Ignacio Ramonet, ha escrito un largo ensayo que nos da una buena imagen del pensamiento anticapitalista ante la irrupción del coronavirus. El texto se abre con una notable exhibición de pirotecnia apocalíptica (las citas son de Ramonet 2020):

“La humanidad está viviendo -con miedo, sufrimiento y perplejidad- una experiencia inaugural (...) nuestras sociedades siguen temblando sobre sus bases como frente a un cataclismo cósmico (...) Un mundo se derrumba. Cuando todo termine la vida ya no será igual (...) Lo que parecía distópico y propio de dictaduras de ciencia ficción se ha vuelto ‘normal’ (...) El apocalipsis está golpeando a nuestra puerta.”

Luego viene un largo recorrido por diversos temas que van desde el auge de la cibervigilancia, la desigualdad y el cambio climático hasta las maravillas de Cuba como “superpotencia médica” (desde donde escribe Ramonet), las *fake news* y la “hiperglobalización neoliberal”. Todo esto sirve como un largo prólogo al urgente llamado a la acción ante un planeta que estaría agonizando:

“Dada la enormidad de lo que está ocurriendo, se avecinan cambios (...) Las incertidumbres son numerosas. Pero está claro que puede ser un momento

de rotunda transformación. Las cosas no podrán continuar como estaban. Un gran parte de la humanidad no puede seguir viviendo en un mundo tan injusto, tan desigual y tan ecocida (...) Esta traumática experiencia debe ser utilizada para reformular el contrato social y avanzar hacia más altos niveles de solidaridad comunitaria y mayor integración social (...) Se desea avanzar hacia alguna forma de socialismo (...) Nuestro planeta no puede más. Agoniza. Se nos está muriendo en los brazos (...) Un virus, por perturbador que sea, no sustituye a una revolución.”

Y cierra advirtiéndonos de que, si la revuelta antisistema no prospera, entonces puede suceder algo parecido a lo que ocurrió después de la devastadora gripe española de 1918-1919: el surgimiento del fascismo.

Demos un último ejemplo del variado espectro de opiniones provenientes de la amplia familia de partidos y movimientos que se definen como anticapitalistas. Se trata del sociólogo marxista norteamericano John Bellamy Foster, autor de una larga serie de libros y editor de la *Monthly Review*:

“Hoy es común decir en la izquierda que es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo. Como resultado de la crisis climática, el COVID-19 y la crisis financiera en desarrollo, esta idea finalmente ha comenzado a revertirse. De repente se ha vuelto más fácil imaginar el fin del capitalismo que el fin del mundo, y de hecho lo primero seguramente evitará lo segundo. El sistema capitalista ha fallado. Ahora, la humanidad tendrá que avanzar en la lucha para construir un mundo nuevo más sostenible y más igualitario (...) Pero esto no sucederá automáticamente (...) Necesitará una ruptura revolucionaria no solo con el capitalismo en sentido estricto, sino también con toda la estructura del

imperialismo, que es el campo en el que opera la acumulación hoy. La sociedad tendrá que ser reconstituida sobre una base radicalmente nueva. La elección que tenemos ante nosotros es cruda: ruina o revolución.” (Foster 2020)

### **Capitalismo desglobalizado**

El diagnóstico del fin del capitalismo, como necesidad u opción, cuenta hoy con un público acotado a los movimientos altermundistas, muy diferente es el caso de las predicciones sobre el fin del capitalismo crecientemente globalizado que ha imperado en las últimas décadas. Las voces que plantean un retorno a un “*business as usual*” o normalidad prepandemia de la economía global son poco audibles. Por cierto, nadie predice o propone un fin total de los contactos e intercambios internacionales, es decir, de un cierto nivel globalización, pero se ha universalizado la opinión de que esa globalización funcionará de manera mucho más restringida que la actual (lo que se conoce como “desglobalización”) y que sus principios rectores se diferenciarán, en medida importante, de los que han regido hasta ahora.

El argumento fundamental es que la pandemia ha mostrado, con brutal claridad, la vulnerabilidad de depender de complejas cadenas globales de producción, abastecimiento y comercialización, así como de las decisiones de países muy distantes no sólo geográficamente, sino también políticamente, como es el caso de la dictadura comunista de China. Hasta ahora se ha hecho un amplio uso de las ventajas comparativas a escala planetaria, con las ganancias productivas y de bienestar que eso conlleva, pero ello también ha derivado en altísimos niveles de exposición a disrupciones en el entramado de la economía global. Esto es lo que la pandemia evidenció y por ello conceptos como vulnerabilidad y resiliencia pasarían a

ser claves en la reorganización de la economía mundial que se pronostica.

Joseph Stiglitz, Premio Nobel de Economía, ha resumido estos planteamientos de la siguiente manera:

“Pienso que esta pandemia acelerará la tendencia hacia la desglobalización que Trump ha estado impulsando. La crítica, por cierto, es que los estándares de vida serán más bajos si no somos capaces de beneficiarnos de las ventajas comparativas. Pero, por otra parte, la pandemia ha ilustrado que la economía de mercado no es muy prudente. Nuestros mercados miopes ponen las ganancias de corto plazo por sobre la creación de una economía resiliente (...) Pienso que una premisa fundamental de la globalización será fuertemente socavada. Esa premisa es que no teníamos necesidad de ser autosuficientes. No necesitábamos ser autosuficientes en energía ya que contábamos con el mercado global del petróleo. No teníamos que ser autosuficientes alimentariamente porque disponíamos del mercado mundial de alimentos. Ahora la gente va a descubrir que sí, que existe el mercado global, excepto cuando lo necesitamos... excepto cuando hay una pandemia. Por ello habrá una reorganización de la economía con los países buscando alcanzar al menos un mínimo de autosuficiencia (...) Resiliencia era un término que no usábamos frecuentemente antes de la pandemia. Ahora, todos estamos usando la palabra resiliencia.” (Stiglitz 2020)

En el mismo sentido, el filósofo político británico John Gray publicó en abril un texto titulado *Por qué esta crisis es un punto de inflexión en la historia* que retoma la crítica del capitalismo globalizado contemporáneo que planteó en su libro de 1998 *Falso amanecer: Las falacias del capitalismo global*. Su inicio

sintetiza la visión que hoy tiende a predominar sobre el futuro del orden mundial capitalista:

“La era del apogeo de la globalización ha llegado a su fin. Un sistema económico basado en la producción a escala mundial y en largas cadenas de abastecimiento se está transformando en otro menos interconectado, y un modo de vida impulsado por la movilidad incesante tiembla y se detiene. Nuestra vida va a estar más limitada físicamente y va a ser más virtual que antes. Está naciendo un mundo más fragmentado que, en cierto modo, puede ser más resiliente.” (Gray 2020)

Gray desarrolla también una amplia crítica del liberalismo y predice un resurgimiento de lo nacional no sólo como eje de la economía, sino como base insustituible de aquella solidaridad y sentido de pertenencia que nos son tan esenciales, especialmente en momentos difíciles:

“El capitalismo liberal está en quiebra (...) en la práctica, el liberalismo era un experimento de disolución de todas las fuentes tradicionales de cohesión social y legitimidad política, y su sustitución por la promesa de un aumento del nivel material de vida. Ahora este experimento ha llegado a su fin (...) Sólo si reconocemos las debilidades de las sociedades liberales podremos preservar sus valores más esenciales. Entre ellos figura, junto con la legitimidad, la libertad individual, que, además de ser valiosa en sí misma, constituye un freno necesario al Gobierno. Sin embargo, quienes creen que la autonomía personal es la necesidad humana más profunda revelan su ignorancia en psicología, empezando por la suya propia. Prácticamente para cualquiera, la seguridad y la pertenencia son igual de importantes, y a veces más. El liberalismo, en efecto, ha sido una negación sistemática de este hecho.” (Gray 2020)

Estas consideraciones engarzan con una corriente crítica de la globalización que ha venido cobrando cada vez más prominencia, especialmente desde la crisis financiera de 2008-2009 y el subsiguiente auge de movimientos y líderes políticos, con Donald Trump como exponente paradigmático, de tintes nacionalistas que proponen un cierto “desenganche” de la globalización, demandando la protección o la renacionalización de diversas actividades económicas. Desde las obras señeras de Robert Reich (1993) y Christopher Lasch (1996) hasta las intervenciones más recientes de Charles Murray (2013), Robert Putnam (2015), Jonathan Heidt (2016), David Goodhart (2017), Simon Collier (2018) y Anne Case y Angus Deaton (2020), se ha señalado con preocupación el impacto disolvente de la globalización capitalista en curso sobre la comunidad nacional, con sus perdedores y ganadores, y la peligrosa separación de las élites globalizadas de sus pueblos aún dependientes de lo local y lo nacional. Ello estaría en la base de las reacciones nacionalistas y populistas, una especie de nueva “rebelión de las masas”, que tanto ímpetu han tomado recientemente. En esta perspectiva, la pandemia le vendría a dar un impulso decisivo a estas reacciones, imponiendo la defensa y cohesión de la nación, complementada con un cierto regionalismo, como base del orden capitalista futuro.

Esta reacción desglobalizadora y renacionalizadora ha tenido recientemente prominentes expresiones políticas y prácticas, especialmente en la lucha por controlar los medicamentos y equipos necesarios para combatir los efectos del virus (ver por ejemplo Goodman et al. 2020 y, más en general, *The Economist* del 14 de mayo). Un discurso del 31 de marzo del presidente de Francia, Emmanuel Macron, refleja bien esta orientación:

“Esta crisis nos enseña que debemos tener una soberanía europea sobre ciertos bienes, ciertos productos, ciertos materiales, que se impone por su

carácter estratégico (...) Nuestra prioridad es producir más en Francia y producir más en Europa (...) Debemos reconstruir nuestra soberanía nacional y europea (...) nos hace falta recuperar la fuerza moral y la voluntad para producir más en Francia y recobrar esa independencia. Es lo que estamos empezando a hacer con fuerza y lo que seguiremos haciendo después.” (Macron 2020)

Y resumió su mensaje con las palabras: “Soberanía, soberanía y solidaridad”. Por su parte, Donald Trump fue mucho más enfático en una entrevista difundida el 14 de mayo por *Fox Business* donde fustigó duramente a China, rememoró los tiempos en que los estadounidenses hacían sus propios productos y “no dependíamos de otros en el mundo”, y prometió traer de vuelta las industrias que les eran imprescindibles. Además, se lanzó en picada contra “los globalistas”, “gente que piensa que debemos enriquecer al mundo a nuestras expensas”. Y declaró con énfasis que “esos días ya han pasado”. Ahora “se trata de nuestro país, no se trata del mundo, debemos arreglar nuestro país” (Ozymek 2020).

### **Capitalismo libertario**

A comienzos de marzo la revista estadounidense *The Atlantic* publicó una crónica de Peter Nicholas con este llamativo título: “*There Are No Libertarians in an Epidemic*” (“En una epidemia no hay libertarios”) aludiendo a las amplias medidas intervencionistas tomadas por el gobierno de Estados Unidos. Ese titular recordaba un célebre titular de *Newsweek* en 2009: “Ahora somos todos socialistas”, en referencia a las respuestas, tan alejadas del Estado mínimo o limitado que propugnan los libertarios, a la crisis financiera de esos años. En todo caso, lo que parece indesmentible es que estamos viviendo tiempos sólo comparables con las grandes guerras en cuanto al

incremento de la presencia del Estado y no sólo eso: legión las voces auguran o demandan mucho más Estado para el futuro.

Las respuestas libertarias no se han dejado esperar (Boehm 2020, Yost 2020, Tanner 2020) cuestionando, en primer lugar, que Trump sea un libertario (“es simplemente absurdo referirse a Donald Trump como un libertario” nos dice por ejemplo Zachary Yost) y desarrollando una defensa cerrada de la globalización, los mercados libres y el capitalismo en general. Su propuesta para el futuro es más libertad y menos regulaciones económicas, más intercambios libres a nivel mundial y un Estado limitado que se concentra en lo que genuinamente debería hacer y se repliega de todas aquellas áreas donde su intervención es perniciosa. Veamos cómo se articula este discurso que rema contra la corriente proestatista predominante.

En primer lugar, los libertarios parten de una visión positiva del mundo actual que se puede resumir, parafraseando una conocida sentencia de Barack Obama, de la siguiente manera: “Si tuvieras que elegir cualquier momento en la historia de la humanidad para vivir una pandemia global, serías increíblemente loco si no eligieses el momento actual” (Boehm 2020). Las enormes mejoras del estándar de vida a escala planetaria, especialmente en términos de reducción de la pobreza y mejoramiento de las condiciones sanitarias que se han logrado gracias al pujante desarrollo promovido por la reciente globalización capitalista, han puesto a la humanidad en condiciones históricamente insuperadas para resistir la enfermedad con menores pérdidas de vidas humanas y menos sufrimiento (al respecto véase el connotado historiador económico Joel Mokyr, 2020. Condiciones de vida mucho más pobres, y por ello una menor capacidad de resistir el embate de las plagas, fueron, junto a la ausencia de tratamientos eficaces, la causa de la extraordinaria letalidad de las grandes pandemias anteriores, como la plaga antonina del siglo II, la plaga de

Justiniano del siglo VI, la peste bubónica del siglo XIV y la gripe española de 1918-1919. Por esas razones, ninguna proyección sobre la tasa de mortalidad que podría alcanzar el coronavirus se acerca a las alcanzadas entonces.

Luego se argumenta que si bien la globalización facilita la rápida difusión de las enfermedades virales también crea las mejores condiciones posibles para encontrar respuestas a las mismas. Lo que por tanto habría que fomentar son aún mayores intercambios globales y el libre despliegue de toda la capacidad creativa que puede promover un sistema económico descentralizado, libre y que genera fuertes incentivos a la innovación como el capitalismo globalizado. La historia habría demostrado de manera abrumadora, corroborando los estudios del ícono libertario Friedrich Hayek, que no existe ningún sistema económico no sólo tan eficiente, sino con tal capacidad adaptativa frente a nuevos desafíos como el actual. En suma, como dice Robert Colvile, director del Centro de Estudios Políticos de Londres:

“La lección de esta crisis no es que el mercado libre debiera ser corregido. Sigue siendo la mejor herramienta que tenemos para generar prosperidad. Dejemos de lado la obsesión acerca de qué tipo de capitalismo quisiéramos tener después de la crisis y estemos agradecidos por el simple hecho de tenerlo.”  
(Colvile 2020)

Además, las pérdidas de bienestar y vidas humanas que una reversión duradera o incluso temporal del proceso de globalización traería aparejadas serían, como lo han indicado diversos estudios, mucho mayores que cualquier impacto directo de la pandemia (Sly 2020 y Sumner et al. 2020). Por ello mismo, los libertarios tienden a ser muy cautelosos o incluso a oponerse a las cuarentenas, así como al cierre de las fronteras nacionales y otras medidas que interrumpen la marcha normal

de la economía, lo que, curiosamente, ha convertido a uno de los países con una de las cargas tributarias más altas del mundo, Suecia, en una especie de panacea libertaria (Norberg 2020 y 2020a).

Esto no significa que los libertarios quieran volver al *status quo ante* o *business as usual*, especialmente en los países más desarrollados. A su juicio, el coronavirus ha puesto en evidencia las debilidades no del mercado sino del Estado, su sobreexpansión e incapacidad para atender a sus funciones fundamentales, y eso debe ser corregido. Como argumenta el historiador alemán y columnista de *Forbes*, Rainer Zitelmann:

“En realidad, por supuesto, la crisis del corona no expone los fracasos del mercado, sino del Estado. Donde el Estado debería ser fuerte, por ejemplo en la protección frente a los desastres y la preparación para enfrentar las pandemias, ha mostrado ser incompetente, desprevenido y débil en la mayoría de los países (...) Este es el problema fundamental justo ahora: el Estado es extremadamente débil donde debería ser fuerte y muy fuerte donde debería ser débil.” (Zitelmann 2020)

En el mismo sentido ha argumentado Martin Rohnheimer, sacerdote de origen suizo y profesor de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz en Roma. En un texto publicado en el *Neue Zürcher Zeitung* bajo el título de “El nuevo comienzo es una verdadera oportunidad” este exponente del catolicismo libertario dice lo siguiente:

“La pandemia actual no es resultado de la globalización, sino más bien un desastre natural exacerbado por un fracaso político (...) Tal vez lo que ha pasado nos puede ayudar a empezar pensar en la dirección de un repliegue del gobierno (...) A los políticos y a los funcionarios les

encanta diseñar programas para estimular la economía y están siempre buscando oportunidades para poner sus manos encima del ‘gran dinero’. Eso les da -en el corto plazo- trabajo, ingresos y prestigio. Sin embargo, lo que nos sacará de la miseria son aquellas fuerzas que siempre han sido las responsables por nuestra prosperidad, pero que están constantemente bajo ataque: los emprendedores, los inversores, las actividades con fines de lucro y por ello innovativas o, en suma, el capitalismo y la economía de mercado.” (Rohnheimer 2020)

Por ello, este profesor de filosofía política y crítico del Papa Francisco describe sus ilusiones acerca del mundo futuro de una forma que, a mi juicio, resume de buena manera el pensamiento y las esperanzas libertarias:

“Ojalá que el mundo post coronavirus sea diferente al que hemos conocido hasta ahora: más capitalista, más amistoso para con los emprendedores y más innovador. Si esto ocurre, sin duda no le traerá más igualdad al mundo, pero si le traerá menos pobreza y le permitirá a más y más personas disfrutar de un nivel decente de prosperidad.” (Rohnheimer 2020)

### **Capitalismo socialdemócrata**

El altermundismo anticapitalista y el libertarianismo procapitalista son dos extremos contrapuestos de un debate cuyo cauce principal está representado por destacados pensadores y líderes políticos que ven como deseable y necesaria una fuerte corrección del sistema capitalista a través de diversas intervenciones del Estado. Para ellos, la crisis actual es una oportunidad que puede acelerar el paso a un capitalismo más regulado, humano y compasivo, especialmente respecto de las necesidades de los sectores sociales más

vulnerables. En este sentido, el conocido politólogo Francis Fukuyama responde a una pregunta sobre si cree que la pandemia tiene un lado bueno de la siguiente manera:

“Creo que sí. Ha sacado a muchos países democráticos de la complacencia y ha expuesto la necesidad de más y mejor salud pública, de más inversiones en servicios sociales. Esto es evidente en Estados Unidos, el país rico que nunca ha tenido una sanidad universal robusta. Así que en esta crisis hay oportunidades y dificultades.”  
(Fukuyama 2020)

Esta orientación es la que designaremos como “capitalismo socialdemócrata” ya que, explícita o implícitamente, se inspira en la forma de la socialdemocracia, en especial la nórdica y la alemana, de relacionarse con un sistema capitalista que se considera insustituible para crear riqueza, pero, a su vez, amenazante para la cohesión social y la igualdad básica que esta supone si se lo deja actuar libremente.

Esta orientación, que en gran medida coincide con la crítica a la globalización ya antes reseñada, tiene en el punto de mira lo que designa como “capitalismo neoliberal” y/o “globalización neoliberal”, es decir, el desarrollo que el sistema capitalista habría iniciado en los años 80 del siglo pasado y cuyas características serían la libre movilidad internacional del capital y las empresas, la concentración de los beneficios del progreso en pocas manos (el 1% más rico al que alude Thomas Piketty, los “ultra ricos” en la terminología de Bernie Sanders o los “super ricos” de nuestros debates políticos) y el desmantelamiento de las redes de protección social asociadas al Estado de bienestar.

*Muertes por desesperación y el futuro del capitalismo* (2020, pero escrito poco antes del estallido de la pandemia) es el sugerente título del libro más reciente del Premio Nobel de

Economía, Angus Deaton, escrito en conjunto con Anne Case, su esposa y profesora emérita de la Universidad de Princeton. Allí se describe el desarrollo del capitalismo estadounidense durante las últimas décadas con una imagen que muchos otros críticos querrían generalizar a todo el sistema capitalista actual: “Se dice que Robin Hood les robaba a los ricos en beneficio de los pobres. Lo que está ocurriendo actualmente en Estados Unidos es lo inverso: de los pobres a los ricos, lo que podríamos llamar una redistribución al estilo *sheriff* de Nottingham.” (Case y Deaton 2020: 11)

Dentro de este campo, las opiniones varían de acuerdo con el grado y la amplitud de las medidas intervencionistas y redistributivas que se consideran necesarias, pero también respecto de la manera en que se ve al sistema capitalista, ya sea como un mal necesario o como una maravillosa fuerza progresiva que debemos cuidar de sus propios excesos para que no se autodestruya.

Los ya mencionados Deaton y Case ejemplifican de buena manera este último punto de vista. En el libro recién citado escriben:

“Creemos que el capitalismo es una fuerza inmensamente poderosa para generar el progreso y el bien, pero es necesario que esté al servicio de la gente y no que la gente lo sirva a él. El capitalismo necesita ser monitoreado y regulado de mejor manera, y no reemplazado por alguna fantástica utopía socialista en la que el Estado toma el control de la economía. La democracia puede estar a la altura de ese desafío. El Estado puede hacer más de lo que hace y hacerlo bien, pero estamos plenamente conscientes de los riesgos del gobierno y del peligro de un gobierno más grande que puede implicar mayor búsqueda de rentas e incluso más desigualdad.” (Case y Deaton 2020: 262)

Por ello mismo, las reformas que proponen -como una nueva regulación de los gobiernos corporativos o un seguro universal de salud (ver también Case y Deaton 2020a)- son básicamente promercado y no antimercado, buscan potenciar la capacidad del capitalismo de generar bienestar en vez de restringirla o sustituirla.

Este diagnóstico es ampliamente compartido por quienes proponen diversas intervenciones correctivas al sistema económico imperante y está en la base del así llamado “capitalismo progresivo”, popularizado en Estados Unidos por Ro Khanna, congresista demócrata y estrecho colaborador de Bernie Sanders, y ampliamente desarrollado por Joseph Stiglitz (Stiglitz 2019, 2019a, 2019b y 2020).

Sus puntos fundamentales, tal como los expone Stiglitz en los textos referidos, nos proporcionan lo que, a mi parecer, es un buen resumen de este tipo de enfoques:

El enemigo a combatir es, como ya se apuntó, el capitalismo neoliberal, implantado en Estados Unidos y difundido a nivel global a partir de los gobiernos de Ronald Reagan en los años 80. Una nueva constelación de poder inclinó entonces la balanza en favor del gran capital y su libre movilidad, creando un sistema que genera crecientes desigualdades, favorece la captura de rentas, concentra los ingresos en favor de los más ricos, golpea a las clases medias, destruye la igualdad de oportunidades y, en consecuencia, debilita el potencial de crecimiento económico. Esto fuera de depredar la naturaleza y el medio ambiente.

Frente a ello, se propone “un nuevo pacto social, un nuevo equilibrio entre el mercado, el Estado y la sociedad civil”, cuyo norte fundamental sea la transición hacia una “economía verde” y la reducción de la desigualdad, tanto respecto de las

personas como de las empresas, asegurándoles a todos una igualdad básica de oportunidades y la existencia de mercados abiertos y competitivos. Para lograr estos objetivos se requiere, fuera de un movimiento “progresista” que los impulse y restaure “una verdadera democracia”, “reescribir las reglas de funcionamiento de la economía” y potenciar la intervención del Estado, así como sus inversiones en servicios básicos, educación e infraestructura.

En general, deben existir una alternativa pública a la oferta privada en diversos terrenos, “una alternativa del gobierno en, por ejemplo, la provisión de préstamos hipotecarios, seguros para pensionarse y atención de salud”. Todo esto presupone un importante esfuerzo redistributivo y una política tributaria que revierta los beneficios concedidos a los más ricos y establezca un aporte al fisco que sea proporcional al ingreso y la fortuna de las personas (los entrecomillados provienen de Stiglitz 2019b).

Dentro del “campo socialdemócrata” existen muchas otras propuestas, acercándose algunas al programa anticapitalista de la izquierda radical, como los impuestos expropiatorios a la fortuna, la renta básica universal permanente, la fijación de precios y la nacionalización, total o parcial, de industrias básicas y servicios estratégicos. Sobre ello las ilustraciones sobran en Chile y en muchos otros países.

### **Capitalismo iliberal**

Entre los textos más debatidos sobre el futuro del capitalismo está el que publicó, en marzo de este año, el filósofo y crítico del capitalismo contemporáneo Byung-Chul Han con el título de *La emergencia viral y el mundo de mañana*. Este profesor de la Universidad de las Artes de Berlín de origen coreano es autor libros de gran impacto como *La sociedad del cansancio* (2010) y *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder* (2014),

cuyos planteamientos en parte se retoman en el ensayo de Han sobre el impacto de la pandemia.

Lo que causó más conmoción fue la afirmación de Han de que “el Estado policial digital” de China y, más general, los países asiáticos que forman parte del universo cultural confuciano marcadamente colectivista estaban mostrando su superioridad para enfrentar la pandemia en relación a las sociedades de tradición liberal y más individualista de una Europa (y una América podríamos hoy agregar) sumida en el fracaso y la desesperación. Por ello mismo, Han augura que el posible gran ganador del drama global que estamos contemplando será el capitalismo autoritario chino, cada vez más poderoso y prestigiado.

Revisemos los argumentos de Han en el texto referido. Parte de una constatación de hecho y luego pasa a preguntarse por las razones que la explicarían (todas las citas son de Han 2020):

“El coronavirus está poniendo a prueba nuestro sistema. Al parecer, Asia tiene mejor controlada la pandemia que Europa (...) Incluso China, el país de origen de la pandemia, la tiene ya bastante controlada (...) Europa está fracasando. Las cifras de infectados aumentan exponencialmente. Parece que Europa no puede controlar la pandemia (...) En comparación con Europa, ¿qué ventajas ofrece el sistema de Asia que resulten eficientes para combatir la pandemia? Estados asiáticos como Japón, Corea, China, Hong Kong, Taiwán o Singapur tienen una mentalidad autoritaria, que les viene de su tradición cultural (confucianismo). Las personas son menos renuentes y más obedientes que en Europa. También confían más en el Estado. Y no sólo en China, sino también en Corea o en Japón la vida cotidiana está organizada mucho más estrictamente que en Europa. Sobre todo, para enfrentarse al virus los

asiáticos apuestan fuertemente por la vigilancia digital. Sospechan que en el *big data* podría encerrarse un potencial enorme para defenderse de la pandemia. Se podría decir que en Asia las epidemias no las combaten solo los virólogos y epidemiólogos, sino sobre todo también los informáticos y los especialistas en macrodatos. Un cambio de paradigma del que Europa todavía no se ha enterado.”

Luego se desarrolla esta temática a lo largo del texto, afirmando, por ejemplo, que:

“Ni en China ni en otros Estados asiáticos como Corea del Sur, Hong Kong, Singapur, Taiwán o Japón existe una conciencia crítica ante la vigilancia digital o el *big data*. La digitalización directamente los embriaga. Eso obedece también a un motivo cultural. En Asia impera el colectivismo. No hay un individualismo acentuado. No es lo mismo el individualismo que el egoísmo, que por supuesto también está muy propagado en Asia.”

En este contexto, China recibe especial atención como el arquetipo del nuevo “capitalismo iliberal” de la era digital (uso esta expresión de manera análoga a la de “democracia iliberal” que propuso Fareed Zakaria en un célebre ensayo de 1997). Su descripción es francamente aterradora y comparando el 1984 de Orwell queda como una distopía bastante primitiva:

“China ha introducido un sistema de crédito social inimaginable para los europeos, que permite una valoración o una evaluación exhaustiva de los ciudadanos. Cada ciudadano debe ser evaluado consecuentemente en su conducta social. En China no hay ningún momento de la vida cotidiana que no esté sometido a observación. Se controla cada clic, cada compra, cada contacto, cada actividad en las redes

sociales (...) En China es posible esta vigilancia social porque existe un intercambio irrestricto de datos entre los proveedores de Internet y telefonía móvil y las autoridades. Prácticamente no existe la protección de datos. En el vocabulario de los chinos no aparece el término ‘esfera privada’.”

Es justamente este gran aparato de vigilancia y represión totalitaria, montado durante largos años por el Partido Comunista y respaldado por las tradiciones culturales ya esbozadas, el que le ha dado su carta de triunfo a la dictadura China:

“Toda la infraestructura para la vigilancia digital ha resultado ser ahora sumamente eficaz para contener la epidemia. Cuando alguien sale de la estación de Pekín es captado automáticamente por una cámara que mide su temperatura corporal. Si la temperatura es preocupante todas las personas que iban sentadas en el mismo vagón reciben una notificación en sus teléfonos celulares. No en vano el sistema sabe quién iba sentado dónde en el tren.”

Otros países integrantes de la órbita cultural confuciana también han desarrollado poderosos medios digitales de vigilancia y control de la pandemia impensables en Europa o América, mostrando así que lo que ocurre en China no es sino una manifestación extrema de sociedades que se rigen por patrones culturales muy alejados de los nuestros.

Luego viene el momento decisivo del ensayo, en el que Han, polemizando directamente con Slavoj Žižek, afirma lo siguiente:

“Žižek afirma que el virus ha asestado al capitalismo un golpe mortal, y evoca un oscuro comunismo. Cree incluso que el virus podría hacer caer el régimen chino.

Žižek se equivoca. Nada de eso sucederá. China podrá vender ahora su Estado policial digital como un modelo de éxito contra la pandemia. China exhibirá la superioridad de su sistema aún con más orgullo. Y tras la pandemia, el capitalismo continuará aún con más pujanza (...) Ojalá que tras la conmoción que ha causado este virus no llegue a Europa un régimen policial digital como el chino. Si llegara a suceder eso, como teme Giorgio Agamben, el estado de excepción pasaría a ser la situación normal. Entonces el virus habría logrado lo que ni siquiera el terrorismo islámico consiguió del todo.”

La perspectiva sombría del pensador coreano-alemán confluye con una larga serie de voces que ven surgir o desarrollarse al alero de virus formas inusitadas de control cibernético que amenazan los fundamentos de la sociedad libre en los países occidentales. El pensador italiano mencionado por Han, Giorgio Agamben, es un ejemplo de ello. Este estudioso del estado de excepción (Agamben 2004) escribió ya en febrero sobre lo que consideraba “frenéticas, irracionales y del todo injustificadas medidas de emergencia para una supuesta epidemia debida al coronavirus” y explicaba así esas medidas:

“En primer lugar, se manifiesta una vez más la creciente tendencia a utilizar el estado de excepción como un paradigma normal de gobierno (...) El otro factor, no menos inquietante, es el estado de temor que en los últimos años se ha extendido de manera evidente en las conciencias de los individuos y que se traduce en una verdadera necesidad de estados de pánico colectivo, a los que la epidemia vuelve a ofrecer el pretexto ideal. Así, en un perverso círculo vicioso, la limitación de la libertad impuesta por los gobiernos es aceptada en nombre de un deseo de seguridad que ha sido inducido por los mismos gobiernos que ahora intervienen para satisfacerlo.”

El mismo Han ha trabajado este tema en forma muy parecida a Agamben, ya que ambos se inspiran en las obras de Michel Foucault. Otra voz que apunta hacia una preocupación similar es la de una de las estrellas más renombradas de nuestro firmamento mediático-intelectual, Yuval Noah Harari.

En un largo artículo publicado en marzo en el *Financial Times*, titulado “El mundo después del coronavirus”, el autor de *De animales a dioses* y de *Homo Deus* nos pone ante un escenario con alternativas dramáticas (las citas son de Harari 2020):

“La humanidad se enfrenta a una crisis mundial. Quizá la mayor crisis de nuestra generación. Las decisiones que tomen los ciudadanos y los gobiernos en las próximas semanas moldearán el mundo durante los próximos años (...) Sí, la tormenta pasará, la humanidad sobrevivirá, la mayoría de nosotros seguiremos vivos... pero viviremos en un mundo diferente (...) En este momento de crisis, nos enfrentamos a dos elecciones particularmente importantes. La primera es entre vigilancia totalitaria y empoderamiento ciudadano. La segunda es entre aislamiento nacionalista y solidaridad mundial.”

Es sobre la primera de estas elecciones que nos detendremos aquí. Después de decirnos que “por primera vez en la historia humana, la tecnología hace posible vigilar a todo el mundo todo el tiempo” y destacar la potencia controladora del régimen chino e incluso mencionar a Israel, el texto de Harari continúa así:

“Cabría argumentar que todo esto no tiene nada de nuevo. En los últimos años, los gobiernos y las empresas han recurrido a tecnologías cada vez más sofisticadas para rastrear, vigilar y manipular a las personas. Sin

embargo, si no tenemos cuidado la epidemia podría marcar un importante hito en la historia de la vigilancia. No sólo porque cabe la posibilidad de que normalice el despliegue de los instrumentos de vigilancia masiva en países que hasta ahora los habían rechazado, sino también porque supone una drástica transición de una vigilancia ‘epidérmica’ a una vigilancia ‘hipodérmica’. Hasta la fecha, cuando tocábamos la pantalla del celular y clicábamos sobre un enlace, el gobierno quería saber sobre qué clicaba exactamente nuestro dedo. Sin embargo, con el coronavirus, el objeto de atención se desplaza. El gobierno quiere saber ahora la temperatura del dedo y la presión sanguínea bajo la piel.”

A continuación, Harari nos advierte del peligro inminente de que lo que se ha presentado como un estado de excepción se transforme en normalidad, agitando con ese fin la amenaza de nuevas pandemias y apelando al miedo para normalizar una renuncia a la libertad que la ciudadanía parece estar dispuesta a hacer cuando siente que su salud y supervivencia están en juego:

“Es posible, por supuesto, defender la vigilancia biométrica como medida temporal adoptada durante un estado de emergencia. Una medida que desaparecería una vez concluida la emergencia. Sin embargo, las medidas temporales tienen la desagradable costumbre de durar más que las emergencias (...) Incluso cuando las infecciones por coronavirus se reduzcan a cero, algunos gobiernos ávidos de datos podrían argumentar que necesitan mantener los sistemas de vigilancia biométrica porque temen una segunda oleada de la epidemia, o porque una nueva cepa de ébola se está extendiendo por el África central, o porque... ya ven por dónde va la cosa. En los últimos años se está librando

una gran batalla en torno a nuestra intimidad. La crisis del coronavirus podría ser el punto de inflexión en ella. Porque, cuando a la gente se le da a elegir entre la intimidad y la salud, suele elegir la salud.”

En suma, lo que según estos autores está en juego no es el capitalismo en sí, sino su forma y, además, su relación con las libertades básicas y la democracia. Como bien sabemos hoy, el capitalismo más avanzado puede perfectamente coexistir con un régimen liberticida. Sin embargo, hasta hace no mucho imperaba la idea de que todas las sociedades capitalistas debían evolucionar hacia una democracia liberal en la medida en que su bienestar aumentaba, surgiendo así amplias clases medias y desarrollándose entre su población tanto las capacidades como la voluntad de alcanzar mayores niveles de libertad y participación política.

En especial la evolución de China estaría desmintiendo la visión de que el capitalismo tiende a generar un régimen de libertad. Como lo expresó hace ya un tiempo el académico de Cambridge Stefan Halper, el modelo chino de “capitalismo iliberal” o “economía autoritaria de mercado” (“*market authoritarianism*”) nos estaría enseñando “cómo sacar lo mejor tanto del capitalismo de mercado como del gobierno de partido único, derrumbando así la ilusión de que el capitalismo conduce a la democracia.” (Halper 2010: 2)

El desafío chino (y del Asia confuciana) tendría incluso una mayor relevancia si aceptamos el planteamiento de Byung-Chul Han acerca de su superioridad, en las condiciones imperantes, respecto del capitalismo más liberal occidental. En este caso, la dura prueba evolutiva del presente provocaría una selección de los más aptos en favor del capitalismo iliberal en sus diversas variantes.

### **Reflexiones conclusivas sobre el futuro del capitalismo**

Hemos recorrido un amplio espectro de puntos de vista sobre la pandemia y el futuro del capitalismo. En su gran mayoría, se trata de propuestas interpretativas que tienen una clara intencionalidad política y nos urgen a tomar partido e intervenir en un momento que se presenta como crucial para el futuro de la humanidad. Todo parece nuevo bajo el sol, pero en verdad nada lo es. Los viejos relatos se visten con ropas nuevas para seguir luchando por nuestro intelecto y nuestra voluntad. Así se forja el porvenir en momentos críticos como el que vivimos. Como escribió Milton Friedman en el prefacio de 1982 a *Capitalismo y libertad*: “Sólo una crisis –real o percibida como tal– produce un cambio verdadero. Cuando la crisis ocurre, las acciones que se emprenden dependen de las ideas circundantes.”

El tono es, en general, exaltado, a menudo apocalíptico, lo que no es sorprendente pensando en el contexto. Cuando todo parece estremecerse, todo también parece posible. Esto no es, en realidad, nada inédito: las utopías más potentes de la historia nunca nacieron en días tranquilos y menos aún en tiempos felices, aquellos que Hegel, no sin razón, llamó las páginas en blanco de la historia universal.

El lector no partisano puede quedar sorprendido, incluso abrumado, por la unilateralidad y certidumbre profética de muchas de las opiniones aquí reseñadas. Parece que la paleta de muchos de los contendientes sólo tuviese tonos blancos y negros. Sin embargo, al contemplar estas opiniones dentro del conjunto de voces aquí referidas aparecen como partes de un proceso colectivo de reflexión que hoy es extraordinariamente necesario. Esta ha sido la finalidad de este trabajo: dar luces que cada uno sabrá combinar a su manera para orientarse en este tiempo que parece oscilar, usando unas célebres palabras

de Dickens, entre el invierno de la desesperación y la primavera de la esperanza.

Sin embargo, sería mezquino cerrar este recorrido sin aportar algunas reflexiones propias sobre las materias en cuestión. Lo haré en forma de breves comentarios a los puntos temáticos en que se ha dividido la presente exposición.

1. La consideración de la pandemia como un **punto de inflexión**, es decir, como un corte histórico radical, tiene la fuerza sugestiva del momento dramático que estamos viviendo, pero probablemente, y por esa misma razón, sea una exageración. Esto no quiere decir que no se vayan a producir cambios significativos y adaptaciones a escenarios de mayor vulnerabilidad. Sin embargo, nada apunta hacia la apertura de una fase histórica radicalmente distinta, en particular en cuanto a sus fundamentos económicos. Más aún, en un mundo que será considerablemente más pobre será aún más imperioso contar con la insuperable capacidad del capitalismo para generar bienestar y progreso. Recuperar lo perdido y, ojalá, llegar pronto a superarlo será el norte inmediato de la humanidad y la respuesta a ese desafío se llamará capitalismo. Por ello, lo más probable es que el mundo postpandémico sea aún más capitalista que el de antes.
2. Lo anterior contradice tajantemente la idea del **fin del capitalismo**. La proyección de una visión utópica surgiendo de una especie de apocalipsis siempre ha sido atractiva. Sin embargo, la debacle de los socialismos reales ha dejado vacías las promesas mesiánicas y hoy sólo quedan los deseos de “otro mundo” de contornos extremadamente difusos. Así y todo, no hay que minimizar el impacto político de la porfiada presencia de la idea del fin inminente del mundo existente, que a

través de los tiempos ha venido buscando causas con notable persistencia y que en la pandemia actual puede encontrar un motivo de una fuerza sugestiva difícilmente superable.

3. La idea de un **capitalismo desglobalizado** recoge la nueva sensibilidad ante una serie de aspectos problemáticos de la globalización, ya sea por su impacto sobre la cohesión de las comunidades nacionales, por la vulnerabilidad de las cadenas de abastecimiento o por la dependencia de una potencia poco confiable como la China comunista. Esto llevará, sin duda, a una reestructuración de la economía mundial que promueva una mayor autosuficiencia en ciertos ámbitos estratégicos, pero ello difícilmente impedirá el avance de la economía globalizada en las demás áreas. Así, lo más probable es que tengamos, simultáneamente, más y menos globalización, siempre que los populismos nacionalistas en ascenso no terminen, como ocurrió en la primera mitad del siglo pasado, dinamitando los fundamentos de la economía mundial. Este peligro no puede ser minimizado, especialmente considerando cómo el egoísmo nacional y el proteccionismo profundizaron la crisis de 1929 hasta convertirla en una hecatombe económica, social y política de trágicas consecuencias.
4. La perspectiva de un **capitalismo libertario** se apoya en el enorme progreso alcanzado hasta ahora por la globalización capitalista, pero su debilidad es, a mi juicio, el no hacerse cargo de la otra cara de la medalla, de los que pierden con la célebre “destrucción creativa” de Schumpeter, además de atribuirle, de manera simplista, todos los problemas existentes a un exceso de Estado (o, como excepción, a su debilidad en las pocas áreas donde debería ser fuerte). Su melodía tiende, por

ello, a ser monótona y maniquea. Parece, en realidad, una copia invertida de la de sus antagonistas. Para éstos, todos los problemas provienen del mercado y todas las soluciones del Estado, mientras que los libertarios acostumbran a decir exactamente lo contrario. Esta es la razón por la que son malos defensores del sistema capitalista: no advierten sus defectos y la necesidad de ir corrigiéndolo para enfrentar sus propias deficiencias.

5. La visión de un **capitalismo socialdemócrata** tienen, a mi parecer, mucho del futuro a su favor siempre que mantenga su fe en el capitalismo como motor insustituible del progreso y no se deje cautivar por la *hybris* anticapitalista de la izquierda radical. Sus propuestas sobre la construcción de redes de protección social más amplias y en favor de un mayor esfuerzo redistributivo orientado a incrementar la igualdad de oportunidades no sólo son razonables, sino imprescindibles para darle mayor estabilidad social al sistema capitalista y potenciar su capacidad creativa. Especialmente en momentos duros como los actuales es imperioso desarrollar políticas que fortalezcan el sentido de comunidad y promuevan la solidaridad social.
6. El desafío más difícil que enfrenta un orden capitalista y liberal-democrático proviene del **capitalismo iliberal** que China representa en su versión más decantada. Este desafío se ve fortalecido por las tendencias en su propio seno proclives a un recorte permanente de libertades a fin de protegernos ante todo tipo de amenazas, reales o imaginarias. El equilibrio entre libertad y seguridad siempre ha sido delicado, y cuando la supervivencia está en juego es la libertad la que, casi sin excepción, sale perdiendo. La fuerza de la alternativa China –con su

impactante capacidad para contener la difusión de la pandemia mediante el uso de un inédito aparato cibernético de control combinada con los notables éxitos de su capitalismo iliberal– no puede ser ignorada y todo augura que se transformará en un poderoso polo de atracción autoritario. Es cierto que China ocultó la difusión inicial de la pandemia causando un severo daño a nivel global, pero, al final del día, eso pesará mucho menos que sus éxitos sanitarios y su capacidad de generar altos niveles de progreso material.

En suma, *no es la existencia del capitalismo lo que estará en juego en el mundo postpandémico, sino las formas que adoptará*. Serán tiempos desafiantes para quienes defendemos la sociedad abierta y democrática, que demandarán una gran capacidad de aunar fuerzas en torno a estos ideales y de darle a nuestro modelo de capitalismo más empuje innovativo y competitivo, sin descuidar por ello la imperiosa necesidad de construir una sociedad más solidaria e inclusiva.

## Referencias

- Agamben, Giorgio (2004). *Estado de Excepción: Homo Sacer II, 1*. Valencia: Pre-Textos.
- Agamben, Giorgio (2020). “La epidemia vista por Agamben”. *Santiago*, revista de la UDP, 4/4/2020.
- Boehm, Eric (2020). “Yes, There Are Libertarians in Pandemics”. *Reason* 10/3/2020.
- Boldizzoni, Francesco (2020). *Foretelling the End of Capitalism: Intellectual Misadventures since Karl Marx*. New York: Routledge.
- Case, Anne y Angus Deaton (2020). *Deaths of Despair and the Future of Capitalism*. Princeton: Princeton University Press.
- Case, Anne y Angus Deaton (2020a). “America Can Afford a World-Class Health System. Why Don’t We Have One?”. *The New York Times* 14/4/2020.
- Collier, Paul (2018). *The Future of Capitalism: Facing the New Anxieties*. London: Allen Lane.
- Colville, Robert (2020). “Capitalism is not to blame, it’s our escape route out of this mess”. *Financial Times* 1/5/2020.
- Ferguson, Niall (2020). “Historian Niall Ferguson on what the pandemic means for the global economy, geopolitics - and parties”. *World Economic Forum* 8/5/2020.
- Foster, John Bellamy (2020). “Catastrophe capitalism: climate change, COVID-19, and economic crisis”. *MR online* 1/4/2020.
- Friedman, Milton (1982). *Capitalism and freedom*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Fukuyama, Francis (2020). “La pandemia puede castigar a los líderes populistas por su ineptitud”. *La Vanguardia* 3/5/2020.
- Goodhart, David (2017). “Why I left my liberal London tribe”, *The Financial Times*, 17/3/2017.

- Goodman, Peter, Katie Thomas, Sui-Lee Wee y Jeffrey Gettleman (2020). “A New Front for Nationalism: The Global Battle Against a Virus”. *The New York Times* 10/4/2020.
- Gray, John (1999). *False Dawn: The Delusions of Global Capitalism*. London: Granta Books.
- Gray, John (2020). “Why this crisis is a turning point in history”. *New Statesman* 1/4/2020.
- Haidt, Jonathan (2016). “When and Why Nationalism Beats Globalism”, *The American Interest* 10/7/2016.
- Halper, Stefan (2010). *The Beijing Consensus: How China’s Authoritarian Model Will Dominate the Twenty-First Century*. New York: Basic Books.
- Han, Byung-Chul (2010). *Müdigkeitsgesellschaft*. Berlín: Matthes & Seitz (*La sociedad del cansancio*. Barcelona: Herder, 2012).
- Han, Byung-Chul (2014). *Psychopolitik: Neoliberalismus und die neuen Machttechniken*. Frankfurt: S. Fischer Verlag (*Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Barcelona: Herder 2014).
- Han, Byung-Chul (2020). La emergencia viral y el mundo de mañana. *El País* 22/3/2020.
- Harari, Yuval Noah (2020). “The world after coronavirus”. *Financial Times* 20/3/2020 (“El mundo después del coronavirus”. *La Vanguardia* 6/4/2020).
- Klein, Naomi (1999). *No Logo: Taking Aim at the Brand Bullies*. New York: Picador.
- Klein, Naomi (2007). *The Shock Doctrine: The Rise of Disaster Capitalism*. London: Allen Lane.
- Klein, Naomi (2020). “Coronavirus Capitalism – And How to Beat It”. *The Intercept* 16/3/2020.
- Klein, Naomi (2020a). “Coronavirus Is the Perfect Disaster for ‘Disaster Capitalism’”. *Vice* 13/3/2020.
- Klein, Naomi (2020b). “‘Coronavirus Capitalism’: Naomi Klein’s Case for Transformative Change Amid Coronavirus Pandemic”. *Democracy Now* 19/3/2020.

- Lasch, Christopher (1996). *La rebelión de las élites y la traición a la democracia*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- LeVine, Steve (2020). “How the Black Death Radically Changed the Course of History. And what that can teach us about the coronavirus’ potential to do the same”. *Medium* 2/4/2020.
- Macron, Emmanuelle (2020). “Pour vaincre le COVID-19, la France est engagée dans un effort de production sans précédent”. *Élysée* 31/3/2020.
- Mason, Paul (2015). *Postcapitalism: A Guide to Our Future*. London: Allen Lane.
- Mason, Paul (2020). “Will coronavirus signal the end of capitalism?”. *Aljazeera* 3/4/2020.
- Mokyr, Joel (2020). “Virus y otros gérmenes: ganar una guerra interminable”. *CNN* 24/4/2020.
- Murray, Charles (2013). *Coming apart: The State of White America, 1960-2010*. New York: Crown Forum.
- Nicholas, Peter (2020). “There Are No Libertarians in an Epidemic”. *The Atlantic* 10/3/2020.
- Norberg, Johan (2020). “Despite Coronavirus, Sweden Refuses to Shutter Businesses and Limit Gatherings”. *Reason* 25/3/2020.
- Norberg, Johan (2020a). “In Sweden, Will Voluntary Self-Isolation Work Better Than State-Enforced Lockdowns in the Long Run?”. *Reason* 17/4/2020.
- Ozymek, Tom (2020). “Trump Says Pandemic Shows Era Of Globalization Is Over”. *The Epoch Times* 17/5/2020.
- Piketty, Thomas (2020). “Will coronavirus lead to fairer societies?”. *The Guardian* 12/5/2020.
- Putnam, Robert (2015). *Our Kids: The American Dream in Crisis*. New York: Simon and Schuster.
- Ramonet, Ignacio (2020). “Ante lo desconocido... La pandemia y el sistema-mundo”. Santiago: *Le Monde Diplomatique*, edición chilena, 15/5/2020.

- Reich, Robert (1993). *The Work of Nations: Preparing Ourselves for 21st Century Capitalism*. London: Simon & Schuster.
- Rohnheimer, Martin (2020). “What Comes after the Coronavirus Crisis – More Socialism or More Capitalism?”. *Austrian Institute* 11/5/2020.
- Schumpeter, Joseph (2003). *Capitalism, Socialism and Democracy*. New York: Routledge.
- Sly, Liz (2020). “Hunger could be more deadly than coronavirus in poorer countries”. *The Washington Post* 14/4/2020.
- Snowden, Frank (2019). *Epidemics and Society: From the Black Death to the Present*. New Haven: Yale University Press.
- Snowden, Frank (2020). “La crisis puede persuadir a las personas de que se puede imaginar y crear un mundo diferente”. *La Tercera* 10/4/2020.
- Stiglitz, Joseph (2019). *People, Power and Profits: Progressive Capitalism for an Age of Discontent*. New York: Norton.
- Stiglitz, Joseph (2019a). “El capitalismo progresista no es un oxímoron”. *The New York Times* 30/4/2019.
- Stiglitz, Joseph (2019b). “If capitalism is broken, maybe it’s fixable”. *The Economist* 8/7/2019.
- Stiglitz, Joseph (2020). “Pandemic Exposed Health Inequality and Flaws of Market Economy”. *Investopedia* 23/4/2020.
- Sumner, Andy, Chris Hoy y Eduardo Ortiz-Juarez (2020). *Estimates of the impact of COVID-19 on global poverty*. WIDER Working Paper 2020/43, United Nations University.
- Tanner, Michael (2020). “Big Government Has Hurt Our Ability to Deal with This Crisis”. *National Review* 18/3/2020.

- The Economist (2020). *Goodbye Globalization: The dangerous lure of self-sufficiency*. The Economist 14/3/2020.
- Yost, Zachary (2020). “Cómo podríamos responder a una epidemia si la sociedad no estuviera tan dominada por el Estado”. *Mises Wire* 26/5/2020.
- Yunus, Muhammad (2020). “A post-pandemic world should deliver a new future for capitalism”. *DeseretNews* 19/5/2020.
- Zakaria, Fareed (1997) “The Rise of Illiberal Democracy”, *Foreign Affairs* 76/6.
- Zitelmann, Rainer (2020). “Left-Wing Intellectuals Are Thrilled: Corona And Dreams Of The End Of Capitalism”. *Forbes* 30/3/2020.
- Žižek, Slavoj (2020). “The End of the World As We Know It”. *Welt* 12/2/2020
- Žižek, Slavoj (2020a). “Global communism or the jungle law, coronavirus forces us to decide”. RT 10/3/2020.
- Žižek, Slavoj (2020b). “Barbarism with a Human Face”. *Welt* 19/3/2020.
- Žižek, Slavoj (2020c). *¡Pandemia! El Covid-19 sacude al mundo*. Lima: CEOPS